

## CORREO DE LOS CIEGOS DE MADRID

DEL VIÉRNES 5 DE ENERO DE 1787.

*Rasgo histórico.* Los defectos, que hemos advertido contra la verdad de la historia en la comedia de *Cárlos XII*, nos dan motivo para publicar el retrato histórico-político de este Príncipe, y el de su vencedor Pedro el grande.

Cárlos XII, Rey de Suecia, hijo y sucesor de Cárlos XI, nació en 1682, y subió al trono en 1697. De 16 años de edad venció á los Reyes de Dinamarca, de Polonia, y al Czar, y les dió la ley por espacio de 9 años; pero despues de la famosa batalla de *Pultawa*, que perdió en 1709, se vió obligado á huir á Turquía. Volvió á sus estados en 1714, y fué muerto en el sitio de Frederickshall el 12 de Diciembre de 1718, de 36 años y medio.

Cárlos XII era de una estatura gallarda y magestuosa, su frente hermosísima, sus ojos azules, grandes y apacibles, su nariz bien formada; pero la parte inferior del rostro desagradable, desfigurada de ordinario por una sonrisa, que solo le salía de los labios: muy escaso de barba y de pelo. Se observaba en su mesa un silencio profundo. En la inflexibilidad de su carácter conservaba aquella timidez, que se llama cortedad. Se veía embarazado en una conversacion, porque habiéndose dado enteramente á los trabajos y á la guerra, no había conocido jamás la sociedad. Llevó todas las virtudes de los heroes á un extremo, en que son tan peligrosas como los vicios opuestos. Su entereza convertida en pertinacia, causó sus desgracias en la Ukraina, y su detencion de 5 años en Turquía. Su liberalidad, degenerando en profusion, arruinó la Suecia: su valor, llevado hasta el extremo de la temeridad, causó su muerte: su justicia llegó algunas veces á ser crueldad; y la conservacion de su autoridad en los últimos años, se acercaba á la tiranía. Sus grandes qualidades,

de las que una sola hubiera podido inmortalizar á otro Príncipe, fuéron causa de la desgracia de su país. Jamás provocó á nadie; pero tampoco fué tan prudente, como implacable en sus venganzas. Fué el primero que tuvo ambicion de ser conquistador, sin deseo de engrandecer sus estados: queria ganar imperios, para darlos. Su pasion por la gloria, por la guerra, y por la venganza, le impidió ser político: qualidad sin la qual jamás se ha visto buen conquistador. Antes de la batalla, y despues de la victoria, no se veía en él mas que modestia: despues de la derrota, entereza. Era duro para con los demás, como consigo mismo: contaba por nada el trabajo y la vida de sus vasallos y la suya. Hombre singular, mas bien que grande, mas digno de admiracion, que de imitacion. Su vida debe enseñar á los Reyes quan superior es á tanta gloria un gobierno pacífico.

El caracter de este Príncipe se habia manifestado muy temprano. Siendo aún niño, le preguntaban, qué pensaba de Alexandro, cuya historia leía en Quinto Curcio: *Pienso (decía) que quisiera parecerme á él. Pero no vivió mas que 32 años; le dixéron. ¿Y que (replicó) no es bastante, quando se han conquistado reynos?*

Quando su primera campaña en 1700, como jamás habia oído la fusilería, preguntó al Mayor General Stuard, que se hallaba inmediato á él, que qué era aquel silvido, que sonaba cerca de sus oídos. *Es el ruido de las balas, que os disparan*, respondió el Mayor. Bueno: (dixo el Rey) *esta será mi música de aquí adelante.* En el mismo punto el Mayor General, que explicaba el ruido de los tiros, recibió uno en el hombro, y un Teniente cayó muerto al otro lado del Rey.

Habiéndole muerto un caballo en la batalla de Narva, montó ligeramente en



otro, y dixo con frescura: *Estas gentes me obligan á hacer exercicio.*

El vestido de este Príncipe era siempre muy sencillo; y habiéndose avanzado mucho en el sitio de Thorn con uno de sus Generales llamado Lieven, que llevaba un vestido azul galoneado de oro, conoció que este General sería muy visible, y le mandó, que se pusiese á su espalda. Lieven, conociendo demasiado tarde su falta de haberse puesto un vestido tan sobresaliente, y temiendo asimismo al Rey, dudaba si debía obedecer. Impaciente el Rey, le coge por un brazo, se pone delante de él, y le cubre: en el mismo instante una bala de cañon, que venia por el flanco, derriba muerto al General, en el puesto que apenas habia dexado el Rey. La muerte de este hombre, acaecida precisamente en vez de la suya, porque queria salvarlo, confirmó á Carlos en la opinion en que estuvo toda su vida, de la predestinacion absoluta: y este dogma, que favorecia á su valor, puede servir tambien para disculpar sus temeridades.

Estando este Monarca sitiado en Stralsund, plaza fronteriza de sus estados, un dia, que dictaba una carta á un Secretario, cayó una bomba sobre la casa, penetró el techo, y fué á reventar cerca de la misma cámara del Rey: la mitad del techo cayó en pedazos: el gabinete en que el Rey dictaba, tenia en parte una gruesa pared, difícil de derribar, y por una felicidad extraña, ninguno de los cascós que saltaron, entró en el gabinete, cuya puerta estaba abierta. Al ruido de la bomba, y al fracaso de la casa, que parecia que se venia abaxo, se le cayó al Secretario la pluma de la mano. *¿Qué es eso?* (le dixo con serenidad el Rey) *¿Por qué no escribes?* El Secretario no pudo responder mas que estas palabras: *Señor! La bomba! Y bien,* replicó el Rey, *¿qué tiene que ver la bomba con la carta, que te estoy dictando?* *Prosigue.*

Casi todos los principales oficiales quedaron muertos ó heridos en este sitio; y el Coronel Baron de Reichel, habiéndose echado en un banco para reposar una hora, después de un largo combate, agoviado de las veladas y fatigas, fué llamado para

montar la guardia en la trinchera: marchó á ella, maldiciendo la tenacidad del Rey, y tantas penalidades, tan intolerables, como inútiles. El Rey, que le oyó, se fué á él, y quitándose su capa, se la estendió delante, y le dixo: *Tú no puedes mas, amigo Reichel: yo he dormido una hora, y estoy fresco: voy á montar la guardia por ti: duerme, que yo te despertaré á su tiempo.* Dichas estas palabras, le tapó mal de su grado, le dexó dormir, y se fué á montar la guardia.

Este heroe era muy sensible á la gloria militar, para rehusar los elogios á sus enemigos, quando lo merecian. Habiéndosele escapado por prudentes maniobras un célebre General Saxon, quando no podia esperarse, dixo en alta voz: *Schlenbourg nos ha vencido.*

Diciéndole después de un combate la muerte de aquellos, que mas estimaba, y queria mas, respondió sin alterarse: *Muy bien: han muerto por su Príncipe como hombres valerosos.*

Este Príncipe decia á los soldados: *Amigos míos, acercaos al enemigo, y no tireis, que eso es para los cobardes.*

Habiendo obligado Carlos en 1706 á los Polacos á excluir al Rey Augusto del trono, en que le habian colocado, entró en Saxonia, para precisar á este Príncipe á que reconociese el mismo los derechos del sucesor que se le habia dado. Eligió su campo cerca de Lutzen, que lo habia sido de la batalla famosa por la victoria, y por la muerte de Gustavo Adolfo. Fué á ver el lugar en donde habia perecido este grande hombre, y estando en él, dixo: *Yo he procurado vivir como él; acaso me concederá Dios una muerte tan gloriosa.* [Se concluirá en el número siguiente.]

*Conclusion del aviso á los escritores.* El principal negocio de un autor, es buscar y coger lo que puede fixar la atencion del público. Aunque no se embarace en lo que mira á la política, una sátira viva contra muchas preocupaciones respetables, no dexa de pegar. Es necesario mucha astucia y precaucion quando conviene hablar de toda especie de controversias, principalmente de teología. Al-



guna vez el escritor puede tener muy buen suceso, refutándose á sí mismo, como ha hecho alguno, que ha sido motejado por increpador de su propia obra. Yo no diré mas sobre esto: los señores libreros, esos apoyos de la literatura, sabrán siempre dar obras, y asuntos convenientes á los escritores, que tuvieren la dicha de estar á su sueldo.

Pasemos á la parte mecánica de escribir. No basta que la obra esté hecha, es necesario tambien imprimirla. Sé que el librero debe enriquecerse á expensas del autor; y el autor debe vivir tambien. El público es quien paga á uno y á otro. Se trata, pues aquí de manejarse de modo, que se haga caer á este, sin que lo perciba, en el lazo que se le tiende. Los abusos escandalosos, que se han introducido poco há, en la impresion de mil novelas, y papeles fáciles, manifiestan evidentemente, que los lectores en general, no atienden sino á lo abultado del libro, sin exâminar lo que contiene. Se ven no obstante obligados á pagar un precio exôrbitante por una vagatela, que se ha abultado al doble de lo que debería ser.

Lo mas importante, y á lo que se debe atender mas, es la eleccion del titulo. Este es el que hace muchas veces el mérito de un libro: y en muchas ocasiones vale todo el libro. ¡Quantas obras pesadas, sin sal, y muy fastidiosas, han debido el suceso mas brillante á la feliz eleccion de su titulo! Yo he visto papeles, que se han vendido ordinariamente á un precio baxo, deber á esta especie de titulos la dicha de ser vendidos á un precio quadruplicado.

Respecto á las obras de mas extension, ved aquí cómo debéis portaros. Luego que hubiéreis elegido vuestro titulo, pensad en el prólogo, hacedlo largo, y será por consiguiente enfadoso. Añadid una advertencia al lector. Cuidad de que se imprima todo en caracteres mas gruesos, que los ordinarios. No olvidaréis la epístola dedicatoria, que dirigiréis á un personage de dignidad, ya sea que os haya dado permiso, ó que os tomeis vosotros esta licencia. Se concluye regularmente la dedicatoria diciendo: Soy, señor, el mas humilde, rendido y obediente

servidor de V. Grandeza. Quando sabe aprovecharse, le basta esta conclusion para llenar una página entera, sin que parezca, que lo ha hecho de intento.

Dividiréis vuestro libro en capítulos, y consiguientemente precederá al cuerpo de vuestra obra la tabla de las materias: esta es otra tanta ganancia. Repetiréis esta por menor á la cabeza de cada capitulo. Ganaréis tambien mucho terreno poniendo en grandes letras mayúsculas: LIBRO II, &c. y por debaxo á una gran distancia CAPITULO X, &c. Todo esto contribuirá, no solo á abultar el volumen, sino tambien á adornarlo.

Cuidad sobre todo de manejar las cosas con tanta habilidad, que os sobren dos ó tres lineas de cada capitulo para la página siguiente, y entônces recurriréis á un tiesto de flores sostenido por dos querubines, para llenar el resto de la página; ó bien á algun pequeño animalillo, ó un pagayo puesto sobre una rama, &c. Considerad, que por este medio alargaréis vuestro libro. Divididlo tambien en párrafos. Todas estas pequeñas atenciones deben valer os un volumen de mas.

Luego que hubiéreis preparado así la obra, será tiempo de consultar á vuestro impresor, y empeñarlo á que la abulte todavia mas, si es posible. Os presentará en consecuencia una letra gruesa, y esto no con otra mira que la de conservar la vista del lector: hará grandes márgenes: las lineas estarán considerablemente apartadas, y doblará la distancia entre los párrafos. Estas son las astucias, que se deben poner en práctica para contentar la curiosidad del lector, y doblar el provecho del librero, y del autor.

Así, pues, habiendo sabido hacer mas volúmenes, que los que eran necesarios, los anunciaréis luego con énfasis: decid, para responder á la impaciencia del público, que es grande el número de prensas empleadas en la impresion de vuestra obra: y si, como sucede algunas veces, tiene vuestro libro la desgracia de no venderse prontamente, usad de desvergüenza: haced fixar sucesivamente 2.<sup>a</sup> 3.<sup>a</sup> 4.<sup>a</sup> 5.<sup>a</sup> 6.<sup>a</sup> edicion,



aunque la primera no esté todavía á la mitad de la venta. . . . . ¿Pero adonde me lleva mi zelo? . . . . . Yo revelo los misterios del oficio. . . . . Alto aquí. . . . . yo no debo pasar mas adelante. Pero bastante he dicho ya. . . . . Concluyamos. Sin embargo es bueno advertir ántes, que este ensayo no es tal como lo habia hecho al principio. Mi impresor se ha negado á imprimirlo todo entero, por razones particulares. Me he visto obligado á suprimir muchas cosas. Oh! los señores impresores, y librerios, con toda su generosidad, su humildad, &c. son terribles gentes.

*Anecdota de Rusia.* El Semanario literario y curioso de Cartagena del día 10 de Noviembre refiere la siguiente, que nos parece digna de extenderse.

Entre los innumerables abusos baxo que la Rusia gemía en otro tiempo, el tribunal secreto de la Cámara estrellada del Norte merece ser citado. Si una persona, aunque fuese la mas considerable del imperio, y reconocida por la de mas consumada probidad, era acusada de alta traicion por la malicia del mas infimo esclavo, ó del hombre mas despreciable de la república, inmediatamente se le cargaba de prisiones, y se confrontaba con el delator: si el acusado negaba el hecho, se ponía en cuestión á aquel; y si sus fuerzas naturales le permitian sufrir el tormento, subsistiendo constante en su asercion, era el acusado puesto en el potro, y despues entregado á discrecion del delator. Este tribunal causó tanto horror á Catalina II, quando entró á reynar, que obtuvo de Pedro III lo suprimiese. Es tanta en el día la aversion que la Czarina reynante tiene á toda acusacion clandestina, que apenas sus propios ministros se atreven á informarla, aun de asuntos contra su misma persona. Del mismo modo que el soberano, piensan en Rusia los dispensadores de su autoridad. No ha mucho tiempo, que tres

oficiales de tropa formáron en Petersbourg el proyecto de presentar un memorial contra el Mariscal Príncipe de Potemkin Ministro de la guerra: descubrió estas tramas otro oficial de su mismo regimiento, é imaginando poder proporcionarse adelantamientos en su carrera, se fué á casa de este Príncipe, y le informó de ellas. Hizo este llamar á los tres oficiales, que se creyeron totalmente perdidos; pero recibéndolos este ministro con afabilidad, les manifestó estaba instruido de todo, indicándoles los medios de merecer con honor en la carrera militar; y dirigiéndose despues al delator: *En quanto á usted, le dixo, en nombre de S. M. queda despedido del servicio; pues no conviene, que un delator siga llevando un uniforme, sobre el que la menor mancha es muy visible á los ojos de todo el mundo.*

*Madrid.* Hemos recibido de Antequera la carta que sigue.

*Andalucia alta. Noviembre 21 de 86.* Amigo Editor: La falta de trato con académicos, y el tener pocos autores de aritmética, ha hecho no haya podido responder á la pregunta de un impertinente, como es: Quatro vendedoras tienen limas en proporcion, la primera y quarta tienen 81, la segunda y tercera 69: ¿quantas cada una?

Si Vmd. tiene correspondencia con nuestro amigo N. autor del suplemento de la Gazeta de Madrid del Viérnes 21 de Mayo de 1784, sírvase Vmd. decirle, que se le responderá á sus propuestas, segun él las concibió, y no las ha podido parir, con autores clásicos de la antigüedad, como lo es Martin Fernandez Enciso, el que á mas de no servirse del diámetro para la quadratura del círculo, y demás de sus partes, es de dictámen de que no hay números, ni raíces irracionales, como lo hará ver, en caso de manifestarle la lid, su discípulo

*El Andaluz. Alto de fantasía.*